

Paula REVENGA DOMÍNGUEZ y José María PALENCIA CEREZO, *Antonio del Castillo en la ciudad de Córdoba*, Córdoba, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 2016, 187 pp.

Ramón Yzquierdo Perrín
Catedrático emérito de la Universidad de A Coruña

Para conmemorar el cuarto centenario del nacimiento del pintor cordobés Antonio del Castillo Saavedra organizó en 2016 la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, en colaboración con otras instituciones públicas y privadas, tres exposiciones que se celebraron en la mezquita-catedral y diversas iglesias e instituciones, lo que permitía a sus visitantes contemplar las obras de Castillo, pasear por las calles del casco histórico cordobés y visitar algunos de sus monumentos.

La conmemoración se inició, precisamente, con la exposición cuyo título encabeza esta reseña: “Antonio del Castillo en la ciudad de Córdoba”, inaugurada el 23 de septiembre. Fueron sus comisarios la profesora de la Universidad de Córdoba, Paula Revenga Domínguez, y el director del Museo de Bellas Artes de dicha ciudad, José María Palencia Cerezo. De ella, además del recuerdo, queda un magnífico catálogo de casi doscientas páginas editado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía con el patrocinio de otras instituciones públicas y privadas.

Dicho catálogo se articula en dos partes. La primera, que rebasa la mitad del libro, la forman cinco estudios sobre la personalidad artística de Antonio del Castillo, la Córdoba del siglo XVII, sus clientes y la pintura de este siglo en la ciudad. Firman tales estudios, además de los comisarios de la muestra, profesores de las universidades de Córdoba y Sevilla. La segunda, trata de las obras expuestas. Cada ficha, además de los datos identificativos de la obra, consta de su estudio firmado, una breve bibliografía y una fotografía a todo color. Completa el catálogo una amplia y cuidada bibliografía.

Abre el catálogo un estudio de los comisarios, Paula Revenga y José María Palencia, titulado: “Antonio del Castillo en la ciudad de Córdoba”. Comienza con la formación del pintor en el taller de su padre, completado en el ambiente pictórico cordobés y la pintura sevillana, en particular, de Zurbarán: “Cuya influencia estará presente en sus pinturas tempranas”, luego matizada por estampas de autores europeos. Recorre, a continuación, los espacios expositivos y la relación o confrontación con obras de otros autores presentes en Córdoba, ya coetáneos, ya anteriores o posteriores. En pocas páginas logra una concisa panorámica de la actividad pictórica cordobesa entre el último cuarto del siglo XVI y el primero del XVIII a través de las obras expuestas.

Sigue el estudio de la profesora de la Universidad de Córdoba, Soledad Gómez Navarro: “Córdoba en el siglo XVII”, quien pretende: “contextualizar adecuadamente y entender mejor al pintor y su obra”. Sistematiza su trabajo con epígrafes de los que el primero trata el trazado urbano y su reflejo sociológico; sigue la economía y cultura de una urbe que sufre el impacto de: “las enfermedades infecto-contagiosas” entre los siglos XVI y XVII y, sobre todo, “entre 1649 y 1653”, por lo que: “el tiempo de Antonio del Castillo es recordado, efectivamente, como el de la más significativa pérdida de efectivos humanos”, aunque el pintor se mueve entre las élites de una ciudad

que padece las crisis del reinado de Felipe IV y participa de la omnipresente religiosidad popular.

El tercer estudio, de Ángel Justo Estebanz, profesor de la Universidad de Sevilla, se titula: “Clientela y el patronazgo artístico en la Córdoba del seiscientos”, cruciales para la obra de Antonio del Castillo, quien tiene a su alrededor una: “gran actividad pictórica, en la que trabajan algunos de los más destacados artistas de la escuela cordobesa y otros pintores españoles”. A la Iglesia, su principal mecenas, siguen las élites urbanas y otras instituciones. En ambiente tan competitivo entre los pintores activos en la ciudad Palomino destaca a Castillo, y al ser la Iglesia, los gremios y las élites sus clientes es obligado que sus obras sean, sobre todo, religiosas y que tengan una finalidad devocional. Sin embargo, tampoco faltan en la pintura cordobesa del seiscientos otros géneros que se cultivaban en los centros pictóricos españoles: retratos, bodegones, mitologías, paisajes...Concluye el profesor Estebanz con una afirmación rotunda: “el siglo XVII es un gran momento para la pintura cordobesa”.

De nuevo es la profesora Paula Revenga Domínguez quien se acerca a la figura del pintor: “Antonio del Castillo: arte y oficio de un maestro singular”, al que considera el: “más importante del ambiente pictórico cordobés del siglo XVII y una personalidad destacada dentro del panorama de la pintura barroca española”. Su biografía la marcó ser hijo del pintor Agustín del Castillo, aunque completó su formación en talleres de Córdoba y Sevilla, quizá: “en el obrador de Zurbarán”, según Palomino. Al establecerse en su ciudad natal, aunque recibe importantes encargos, sufre apuros económicos hasta que casa con su segunda mujer, lo que coincide con importantes encargos y poder colaborar con el gremio de plateros con diferentes diseños. Su autoestima y posición social propiciaron diferentes anécdotas e, incluso, obtuvo premio en el certamen de poesía convocado en 1651 para agradecer a san Rafael haber librado a la ciudad de la peste. La prosperidad de Castillo aumentó con su tercer matrimonio con una rica heredera de elevada posición social, lo que le permitió contactar con nobles, encumbrados eclesiásticos y gentes de la cultura cordobesa. La importancia de los encargos le obliga a ampliar su obrador y oficiales y aprendices le ayudan en la ejecución de sus cuadros. Al final de su vida conoce y le fascina la pintura de Murillo, que influye en sus últimas obras: “Castillo no se mostró indiferente a esa nueva estética colorista, opulenta y vibrante, consecuencia de los aportes rubenianos y neovenecianos, que fue introducida en Sevilla por Murillo y Herrera el Mozo desde mediados de la centuria”.

José María Palencia Cerezo cierra esta parte del catálogo: “La pintura barroca cordobesa y Antonio del Castillo: nuevas perspectivas de estudio”. Señala que la personalidad de Castillo ensombreció a otros valiosos pintores: “la pintura cordobesa que transita entre el último cuarto del siglo XVI y el primero del XVIII, o lo que es lo mismo, entre Pablo de Céspedes y Antonio Palomino”. De los nacidos en el último tercio del siglo XVI y activos en el primero del XVII destaca a Juan de Peñalosa Sandoval y Antonio Mohedano de la Gutierrez, “seguidores de Céspedes” y, el segundo: “dador de novedosas pautas iconográficas a Francisco de Zurbarán”. Pablo de Céspedes, fue trascendente en la pintura cordobesa finisecular, con obra en la catedral e intensa y fructífera relación con los jesuitas. Después de 1596 continuó su actividad en Sevilla. Considera, pues, a: “Pablo de Céspedes el introductor de los principales temas iconográficos de la pintura andaluza, que luego desarrollaría el Barroco”.

La obra de Céspedes y su supuesta relación con Zambrano le llevan a indagar en su personalidad y origen, que no cree cordobés. Su nacimiento hacia 1590 hace inviable que fuera discípulo de Céspedes, muerto en 1608: “cuando Zambrano no era más que un joven sin las facultades de aprendizaje” y lo supone: “aprendiz del padre de la saga de los Castillo”, lo que justificaría ciertos ecos de Zambrano en Antonio del Castillo. Al trasladarse Zambrano a Sevilla ocupó su puesto en Córdoba el jienense Cristóbal Vela Cobo, quien: “consiguió la hegemonía de la pintura local, el segundo debió de ser el de los Ruiz de Sarabia”. Continúa hasta Antonio del Castillo y pintores posteriores que cierra con Palomino, a quien atribuye un Calvario del Museo de Bellas Artes que él mismo dirige.

La segunda parte del catálogo consta de 35 fichas, firmadas por diferentes autores que identifican cada obra, la estudian y aportan bibliografía específica. La página derecha se dedica a su imagen. Comienza por las obras ubicadas en la catedral de Córdoba; siguen las del santuario de Nuestra Señora de la Fuensanta; las de la iglesia de san Agustín... Termina el catálogo con una bibliografía amplia, cuidada y actualizada que permite al lector interesado ampliar la información de su interés.

En resumen, una estupenda publicación sobre un magnífico pintor cordobés del siglo XVII, quizá no tan conocido como merece por su innegable calidad que, visualmente, puede quedar relegado por encontrarse buena parte de su obra en algunos de los más espléndidos monumentos cordobeses.